

---

# La Mascarilla

## “Post Mortem” del Libertador

---



*Coronel (r)*  
MANUEL AGUDELO

Mucho se ha especulado sobre si realmente existió, si aún existe o no, una mascarilla "post mortem" del Libertador. Por ello estimo que conviene gravitar un tanto sobre tan interesante aspecto, al cual considero de vital importancia para nuestra historia. A tal propósito podemos formular los siguientes interrogantes y aventurar sus respuestas:

---

### ¿Existió una Mascarilla "Post Mortem" del Libertador?

---

Personalmente opino que la respuesta es afirmativa. Las razones en las cuales me baso para ella son las siguientes:

- El doctor *Luis López de Mesa*, disertando ante la Academia Nacional de Medicina de Bogotá, a fin de probar la conjeturada dolicocefalia del Libertador se basó, cabalmente, en la discutida mascarilla como demostración de su tesis. ¿Cuáles fueron sus fuentes de información?. Eso lo ignoro, pero juzgo que él tuvo que basarse en fuentes dignas de crédito.
- El doctor *Uribe White*, en su magnífica "Iconografía del Libertador" trata igual y ampliamente sobre dicha mascarilla e inserta dibujos tomados directamente de ella, según lo manifiesta.
- El doctor *Carlos González Rubio*, (descendiente del connotado profesor, doctor José Teodoro, coexistente, amigo y gran admirador de Bolívar), da por sentada la existencia de la mascarilla en varios de sus históricos escritos, basado en vívida tradición familiar.
- 1930.- El doctor *Santiago Martínez Delgado*, artista y letrado eminente, tomó copia, a lápiz, de la reproducción que de la mascarilla original hiciera el escultor español Alfredo

Badenes, reproducción que seguramente persiste aún en poder de los descendientes de don Alfredo.

- Julio 24 de 1951.- Quinta de Bolívar en Bogotá.- La señora *Rosa Badenes Such*, hija del escultor Badenes, presentó la mencionada reproducción ante la Academia de Historia de Colombia. Por razones que desconozco, no mereció importancia alguna ni se aceptó el ofrecimiento que de ella hiciera doña Rosa a favor de la Academia.
- 1939.- Por este año fui Comandante del Batallón de Infantería "Córdova", de guarnición en Santa Marta. Vivamente interesado por conocer, ante el propio teatro de los acontecimientos, los máximos detalles sobre la muerte del Libertador, aproveché las numerosas informaciones entresacadas a elementos sobresalientes, entre historiadores, presantes ciudadanos y seleccionados ancianos del propio pueblo *por este año* permanecían aún revividas las viejas pero latentes tradiciones, recientemente rememoradas como resultante del no lejano festejo centenario de la luctuosa fecha, en actos de solemnidad por diciembre de 1930.

Muchas de estas interesantes conferencias han servido ahora como fundamento para algunas de las anteriores aseveraciones y sirven también como base para los relatos y conceptos que se expondrán a continuación.

---

### El Hallazgo de la Mascarilla.

---

Por el año de 1930 vivía en Barranquilla el connotado escultor español, don *Alfredo Badenes*, quien era gran admirador del Libertador. Con el anhelo de erigir un suntuoso monumento a su memoria

en el centenario de su fallecimiento, a mediados del citado año se trasladó a Santa Marta. Quería allí, como fuente nutricia de los luctuosos hechos, allegar datos, documentos, vestigios o elementos que le ayudaran en su magnífico propósito; amen del acervo de estudio que previamente había ya acumulado: fotografías, dibujos, descripciones y, principalmente, los propios estudios que, en su tiempo, realizara al respecto el maestro Tenerani. De esta suerte, inevitablemente cayeron sus investigaciones sobre el edificio que en 1830, perteneciente a don *Joaquín de Mier*, sirviera al doctor Próspero Reverand para el embalsamamiento del cadáver del Libertador, una vez transportado desde la Quinta de San Pedro Alejandrino, después de la autopsia. Ya por 1930 dicho edificio pertenecía a don *José María Leyva*. Años más tarde pasó a ser el edificio de la Aduana.

Indagando, el escultor Badenes supo cómo, en un sótano abandonado de dicho edificio existían numerosos objetos antiguos, sin aparente valor afectivo o histórico. Intrigado por esta noticia y acompañado por el propietario, don José María Leyva, penetró Badenes a dicho sótano. Buscando y rebuscando entre multitud de vejesterios, hallaron lo que parecía un grotesco busto del Libertador. Badenes y don José María sacaron el busto a la luz del patio. Era una obra imperfecta y deforme. La cabeza estaba, simplemente, adherida a un cuerpo diferente. El rostro mostraba defectos faciales y más parecía un monigote que la figura heroica del Libertador: ojos enormes y abotagados, boca descomunal, mofletudo y regordete. Pero la curiosidad de Badenes lo llevó a examinar cuidadosamente el pretendido rostro. De pronto halló, cerca a uno de los ojos, una placa o cascarilla semidesprendida del conjunto, como una escama de pescado. Con autorización de don José María desprendió la mencionada escama y esta se llevó con

ella un trozo apreciable de una pasta superpuesta a lo que sí era, en realidad, un rostro humano. Para asombro de los actores, bajo la capa desprendida apareció un perfecto ojo humano, cerrado y de aspecto y proporciones naturales. Ante ello, al proseguir el desprendimiento de la capa superpuesta y con el pasmo concebible, fue apareciendo el verdadero y precioso rostro del Libertador ante la muerte. Era, en realidad, una magnífica y perfecta mascarilla, post mortem, de Bolívar, por cien años escondida bajo la grotesca mascarada. Badenes comparó sus propios estudios sobre la faz del héroe con los de la reaparecida mascarilla y halló que todos sus datos coincidían exactamente con los rasgos del Libertador, especialmente los antropométricos que habían servido a Tenerani para su magnífico bronce conocido. Lógicamente se desprendió la mascarilla del conjunto del busto y tal tesoro quedó en manos del propietario, don José María Leyva, como era natural.

Pero es el caso que, sobre la ya aislada mascarilla, Badenes tomó un molde, cuidadosamente elaborado. Y sobre este molde fundió, posteriormente, una reproducción exacta de la mascarilla original. Esta reproducción es la que, cabalmente, presentó doña Rosa Badenes Such ante la Academia de Historia de Colombia, en la Quinta de Bolívar de Bogotá, en 1951 y la cual pretendió obsequiar a la Academia con decepcionante resultado, como atrás se informó. Dado que no fue aceptado el obsequio de doña Rosa, tal parece que la mencionada reproducción debe hallarse, actualmente, en poder de los descendientes de Badenes, los cuales viven en Barranquilla. Pero si quedan fluctuando los siguientes interrogantes:

¿Por qué, en 1951, no se le dio importancia a la reproducción de Badenes?  
¿Y qué se hizo la mascarilla original? ¿Se perdió? ¿Fue destruida? ¿Permanece

en manos de la familia Leyva?. ¿Se halla refundida en algún Museo?. ¿Alguien la conserva, secretamente, como tesoro de valor inconmensurable?. Todo esto lo ignoro. Pero sí estimo que alguna entidad, oficial o de la historia, debe interesarse en investigar qué se hizo esta inapreciable reliquia, la cual, ante su trascendencia, no pertenece a colectividad alguna, ni a Colombia, sino al mundo entero para gloria de la historia humana.

---

### ¿Por qué tanto misterio?

---

En realidad es lógico preguntarse por qué se mantenía esta invaluable reliquia histórica con tanto misterio, escondida en un sótano y hasta recubierta con una mascarada?. A este respecto basta recordar el inminente peligro que, por entonces, representaba todo cuanto tuviera relación alguna con el Libertador. Odios feroces y persecución contra él y contra sus amigos bolivarianos. Atentado contra su vida en la nefanda noche septembrina, persecución política, desprestigio de su personalidad y de la de sus fieles seguidores, bochornosos desplantes de la plebe ante su presencia como consecuencia de la eterna ingratitud de los libertos y hasta el mismo asesinato del Mariscal de Ayacucho. Venezuela le arrebató su nacionalidad como a expatriado, le incautó sus bienes de fortuna, su gobierno se niega a negociar con la Nueva Granada mientras estuviera presente en ella el General Bolívar, el Presidente General Páez brinda soberbia y espectacularmente "por la muerte del tirano". La tempestad política se arrojaba, como una catapulta, sobre los bastiones de gloria y de prestigio del Padre de la Patria. Realmente era extraordinariamente peligroso conservar retratos o recuerdos del Libertador. Para seguridad personal era indispensable ocultar todo rastro o vestigio de afecto hacia Bolívar.

Sobre la base anterior grave peligro implicaba, no solo la pública toma del molde para la mascarilla sino, principalmente, su respetuosa veneración y conservación como recuerdo de su personalidad y de su gloria. Todo tenía que hacerse de manera oculta y en pleno secreto. Era indispensable encubrir todo vestigio de su presencia histórica. Por ello es muy posible que hasta el propio señor De Mier hubiera dispuesto el empastillaje de la mascarilla a fin de resguardarla, esperando posteriores tiempos más propicios. El precio de la gloria ha sido siempre el dolor, la persecución, la ingratitud y hasta la propia muerte de todos los colosos del decurso humano. Sino eterno e inevitable de todos los gigantes de la Historia Universal.

---

### La toma de la Mascarilla.

---

El doctor Próspero Reverand no fue, seguramente, el autor de ella. El no era experto en estos menesteres. De haberlo realizado, lo habría consignado en sus detallados boletines o en sus informaciones finales. Como es bien sabido y como atrás se dijo, una vez fallecido el Libertador, el doctor Reverand realizó la *autopsia* del cadáver, en la Quinta de San Pedro Alejandrino. Cumplido este acto indispensable, el General Montilla dispuso el traslado del cadáver a Santa Marta, a la mansión brindada por don Joaquín de Mier. Ya allí, el doctor Reverand realizó el *embalsamamiento* de los gloriosos restos. Para ello, según él mismo lo manifestó, dispuso de yeso, de cal viva, de estopa y adherentes. Todo quedaba así cumplido y consumado. Pero también es indudable que, tanto el General Montilla como los demás ilustres acompañantes del Libertador en su trance final, abrigaran el angustioso anhelo de perpetuar para la historia el rostro del gran mártir de la Libertad. Tuvieron que investigar si,

en Santa Marta, existía algún experto en estas técnicas y que, además, fuera hombre discreto, de plena confianza, fiel al Libertador y capaz de mantener el secreto indispensable. Y, efectivamente, lo hallaron. Y lo hallaron a plenitud de condiciones, técnicas y personales.

Es el caso que, para mejor atención del Libertador en sus últimos días y ante las angustias del doctor Reverand, el General Montilla había dispuesto el traslado inmediato, de Cartagena a Santa Marta, tanto del doctor Joaquín Ignacio Carreño como de un afamado farmacéutico, a quien popularmente se le conocía como el "señor Tomásín". Como es bien sabido, el doctor Carreño, furibundo enemigo del Libertador, se negó a concurrir (Posteriormente, "Manu militari", se le trasladó a Santa Marta, a donde llegó tardíamente). Pero en cambio, el señor Tomásín, gran admirador de Bolívar, voló a Santa Marta en donde quedó, fervorosamente, como farmacéutico del Libertador bajo las órdenes del doctor Reverand. Solo que, además de farmacéutico, el señor Tomásín era experto graduado en la toma de impresiones anatómicas del cuerpo humano. Y era hombre discreto, una tumba en su desempeño profesional. De esta suerte, según flotante pero vivida tradición, fue solicitado por el General Montilla y además próceres del séquito bolivariano a fin de que, en altas horas de la madrugada, a puerta cerrada y en pleno secreto, tomara el molde del rostro del Libertador para fundir, más tarde, la correspondiente y resultante mascarilla. Cabalmente la hallada, en el mismo edificio de la toma, ya en 1930 por Badenes y por el señor de Leyva, como parte de un grotesco busto. Para la operación de la toma del molde conviene recordar que el señor Tomásín contaba con los elementos sobrantes del embalsamamiento del cadáver, dejados por el doctor Reverand. Para la fundición de la mascarilla podía contar el señor Tomásín con cuanto fuere

indispensable para realizarlo posteriormente, manteniendo el debido secreto. Por otra parte, como quiera que, a raíz del fallecimiento del Libertador, cayeran en desgracia, tanto el General Montilla como sus acompañantes, es aceptable lo que tan vívidamente ha conservado la tradición, renovada en la época centenaria de 1930, en el sentido de que la memorable mascarilla haya quedado en poder de don Joaquín de Mier y de que este, como ya se ha manifestado, la haya conservado, empastillada y adherida a un busto en el sótano de su mansión.

---

### El "Señor Tomásín"

---

Este personaje, tan ampliamente conocido por toda la región costeña por aquella época, no era el simplísimo "Señor Tomásín". Era, ni más ni menos, que *Monsieur Augusto Thomassin*, cuya correcta pronunciación francesa se perdió en Cartagena. Descendiente de gran familia de artistas, originaria de región francesa. Desde muy niño vivió en Cartagena, llevaba el signo indeleble del artista. Contaba en Francia con tíos bien conocidos en los ámbitos del arte: Enrique, Felipe y Simón, uno de ellos colaborador de Watteau. Augusto Thomassin realizó serios estudios en Cartagena. Tras riguroso examen, por el año de 1829, obtuvo el grado en farmacia en la por entonces denominada Universidad del Magdalena e Istmo (hoy Universidad de Cartagena). Igualmente obtuvo el título de experto en "Toma de impresiones anatómicas y réplicas de partes del cuerpo humano". Para obtener tales títulos y como complemento indispensable, realizó cursos de Medicina General. El Jurado Calificador estaba integrado por tres severos profesores dentro de los cuales figuraba el doctor José Teodoro González Rubio, de quien ya hemos hecho mención y rígido preceptor de farmacia. Augusto Thoma-

ssin era fervoroso apasionado de sus profesiones, vivía consagrado a ellas y a su perfeccionamiento. Gran admirador de Bolívar, viajó jubiloso a Santa Marta al ser convocado por el General Montilla. Era él, cabalmente, quien preparaba las sabrosas gelatinas y las pócimas que, para el ilustre enfermo, ordenaba el doctor Reverand. Pero Thomassin, no obstante sus esfuerzos, nunca logró ver en vida al Libertador ya que éste, ante las reiteradas solicitudes, le rogaba siempre que lo disculpara porque, seguramente, "olía a botica". La sensibilidad olfativa del Libertador era, efectivamente, extraordinaria en sus trances finales. Acaso al coronel Sardá no lo hizo retirar al último rincón de su estancia porque le "olía a cachimba"?

Por otra parte, según ámbito flotante por mucho tiempo en Santa Marta, muy en el fondo se aprecia un germen de celos del doctor Reverand hacia Tho-

massin. Parece que el joven no hallaba muy acertado el tratamiento prescrito por el médico. En todo caso, en los boletines del galeno escasamente se hace mención del farmacéutico y omite las actividades que éste, necesariamente, tuvo que realizar después del fallecimiento del Libertador, como ayudante en la autopsia y colaborador de Reverand durante el embalsamamiento. Sólo que la tradición popular coloca vagamente a Thomassin como elemento muy capacitado para el trato y atención profesional de los enfermos.

Tal fue el hombre que, según acentuada versión samaria, persistente hasta la época centenaria de 1930, un siglo antes había realizado la toma del molde, "post mortem", del Libertador y fundido posteriormente la discutida mascarilla del héroe máximo de la Libertad Hispanoamericana.

---

*"Jamás mueren en vano los que mueren por una causa grande".*

LORD BYRON